

Pronto, pronto aparecerá
el mayor acontecimiento de 1924

El Almanaque 1925

de

La Novela Semanal Cinematográfica

con un sorprendente,
precioso y costoso

ALBUM

para las fotografías
del año 1924

LUJOSA PRESENTACIÓN

Almanaque y Álbum
que satisfará al más exigente

¡Prepárese a comprarlo!

¡ÉXITO RUIDOSO!

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 125

25 cts.



EL AMIGO DE
SU MARIDO

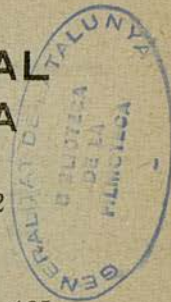
por

Enid Bennett

FilmoTeca
de Catalunya



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA



Redacción } Vía Layetana, 12
 Administración } Telefono 4423-A
 BARCELONA

AÑO III

Nº. 125

EL AMIGO DE SU MARIDO

(HER HUSBAND'S FRIEND, 1920)

Sentimental comedia, interpretada por la gentil
 artista ENID BENNETT

PARAMOUNT PICTURES CORPORATION

EXCLUSIVA DE SELECCINE, S. A.

PROGRAMA AJURIA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
 VERA VERGANI

El amigo de su marido

Argumento de la película de dicho título

Las horas solitarias de angustiosa espera son, en la vida conyugal, el acerado dardo que muchas esposas llevan clavado en el corazón; áridas horas interminables, en las que el amor mejor templado se resquebraja y rompe.

Gloria Wester era una de estas esposas constantemente abandonadas, que sufría las consecuencias de haber elegido para marido a un hombre que figuraba en la dorada sociedad como uno de sus más populares favoritos.

Guillermito Wester, el marido de Gloria, era un buen muchacho, *en el fondo*, pero había tenido la desdicha de haber nacido «demasiado juerguista».

Cierta noche, hallándose en un cabaret en compañía de un amigo suyo, oyó como éste le reprochaba la continua indiferencia en que tenía a su mujer, y él le respondió algo molesto:

—¿Por qué me hablas ahora de Gloria, Al-

varo? Mi mujer está muy bien donde está; en casa... Ya sé que a ella no le puede gustar que yo haga lo que hago; pero, ¿por qué no hemos de poder hacer cada cual nuestra vida y seguir nuestras inclinaciones, puesto que son distintas?

El amigo no hizo la menor objeción al ra-



Gloria Wester era una de estas esposas constantemente abandonadas...

zonamiento de Guillermo, y ya no se nombró, aquella noche, a Gloria.

El tal amigo era Alvaro Harley, recién llegado de París, donde había conseguido realizar la gran ambición de su vida, ser un buen pintor, gracias a la generosidad de su amigo «Guillermito». Alvaro era un buen muchacho,

no tan *en el fondo* como Guillermo; pero el ambiente de su vida de artista y la gratitud hacia su generoso amigo, le arrastraban algunas veces, desde su regreso, a acompañar a éste en sus correrías, aunque su noble corazón le empujara a seguir bien distintos derroteros.

Además de muy amigo de las faldas, Guillermo era un apasionado adorador de Baco. A pesar de la prohibición de las bebidas alcohólicas, el camarero que le servía empleaba un truco muy hábil para burlar la ley, vertiendo en una taza para te, con la correspondiente tetera, un licor de 50 grados para arriba.

La asiduidad de Guillermo en ir al cabaret en cuestión, obedecía a las relaciones que le ligaban a Raisa, la primera bailarina del establecimiento, una mujer que tenía por cerebro una máquina de calcular.

Aquella noche, Guillermo la presentó a Alvaro, y el tipo del amigo agradó sobremedera a Raisa.

—¡Oh, tengo mucho gusto en conocer a un artista como usted! ¡Me entusiasma tanto la pintura!—exclamó ella estrechándole la mano.

Alvaro, francote, respondió:

—Eso salta a la vista.

En efecto, la cara de la bailarina parecía un cromó.

—Raisa, Alvarito es un pintor enorme. Debes conseguir que te haga un retrato... Te costará trabajo convencerle, pero yo estoy seguro de que le convencerás... Sería la primera vez que tú no te salías con la tuya, ¿no es cierto?—le dijo Guillermo.

—¿Y por qué he de empeñarme yo en que me haga un retrato, si él no quiere?... Ahora, que si él tiene gusto en ello, no seré yo quien se niegue a servir de modelo a este Velázquez.

Sin darle mucha importancia al asunto, Alvaro contestó:

—Lo tendré presente.

Pero como quiera que Raisa dedicaba todas sus sonrisas de diablesa a Alvaro, Guillermo la llamó al orden...

Entretanto, en el hogar del calavera, Gloria luchaba contra el sueño.

Al amanecer, un criado se permitió aconsejar a la abandonada esposa que debiera retirarse a descansar, pues era ya muy tarde, y probablemente el señor pasaría el resto de la madrugada en el Club.

Mas Gloria no pudo dormir. Y los primeros rayos de la aurora la encontraron rendida por la pesadumbre y la amargura de su triste soledad.

Guillermo volvió en estado lamentable a su casa, y completamente vestido se dejó caer en su lecho, durmiéndose groseramente y hediendo a embriaguez.

La doctora en medicina Enriqueta Lee, cuya belleza residía toda en el alma, era la única íntima amiga de Gloria, y aquella, como todas las mañanas, fué a visitarla a fin de darle ánimos para sobrellevar con resignación su infortunio.

Pero aquella mañana, enterada de la forma en que regresara a su triste nido el miserable esposo, opinó con verdadero sentimiento:

—Unas cuantas noches más como esta, y

nos quedamos sin hombre. Esto no puede continuar así. Es necesario hacer algo para conseguir que Guillermo cambie de vida.

Gloria estaba abatidísima y sólo tenía deseos de llorar mucho.

Su amiga la consolaba cuanto podía.

—Gloria, querida mía, no te entregues así a



—¡Soy tan desgraciada, Enriqueta!

tu tristeza. Tienes que reaccionar contra el dolor.

—¡Soy tan desgraciada, Enriqueta!

—Imponte a ti misma, y ya verás cómo sufrirás menos. Lo que tú necesitas es un poco de distracción. ¿Por qué no aprovechamos este día magnífico para irnos al campo, y meditar un plan para ver si conseguimos que tu ma-

rido reflexione?... Creo que tengo ya una idea...

—...¿Y si él se despierta y me llama?...

—No lo hará, Gloria. Su amor propio debe impedirselo. ¡Qué necias somos las mujeres! Tu marido se porta mal contigo... y tú no has cesado nunca de amarle.

—¿Qué quieres, Enriqueta? Yo lo diera todo por regenerarle...

—Sí, Gloria, ya lo sé... ¿Vamos?

—Sí, sí... Pero..., déjame que le vea...

—¿Temes que no duerma bastante bien?

—¡Qué sé yo! Estoy contigo en seguida.

Gloria empujó la puerta del dormitorio de Guillermo, y la desagradable impresión que él le produjo, entregado a pesado sueño, le hizo murmurar hondas lamentaciones, y decidirse definitivamente a salir con Enriqueta.

*
*
*

La magia de un día de primavera, plétórico de luz y de perfumes, hizo sentir al dolorido corazón de Gloria la satisfacción y la alegría de vivir.

—¿Lo ves? ¿Ves como tenía yo razón? La vida no es una maldición, sino todo lo contrario... Ha bastado para convencerte de ello este hermoso día de primavera en el campo—le decía, satisfecha, Enriqueta a su amiga.

—Tan hermoso, que había olvidado por un momento mis pesares!—respondióle Gloria.

—Si tú quieres, recuperarás la felicidad.

—Comprendo... crees que la solución sería que yo me divorciara de Guillermo. Yo no puedo...

—No, Gloria, no es eso. Ni el divorcio soluciona nada, sino todo lo contrario, ni yo te lo propondría. Lo que yo te he querido decir, es que debes amenazar a tu marido con llegar hasta eso; e incluso, si es posible, simularlo y separarte de él por unos meses... Cuando se le quita a uno lo que no sabe apreciar, es cuando mejor se da cuenta del valor que para él tenía lo que ha perdido... Si con mi plan no conseguimos que Guillermo cambie, no te queda más remedio que armarte de paciencia. Una separación legal definitiva sería mucho peor, para él y para ti misma.

—Quizá tengas razón, Enriqueta. Yo consultaré si tu plan es realizable... Por de pronto, esta misma noche hablaré en serio con Guillermo.

El resto del día en el campo, hizo mucho bien a Gloria, y sólo la presencia de la noche la invitó a regresar a su casa.

El «castizo» Guillermito había dormido todo el día, y reanimado con las luces nocturnas, organizó una juerga en su propia casa, con sus amigos, entre ellos Alvaro.

Y éste se preguntaba asombrado, cómo la esposa de Guillermo podía tolerar en su casa excesos semejantes.

Casi al final de la comida, Guillermo, a través de nuevos humos de mareo, vió casual-

mente a Gloria, que regresaba, y, levantándose de la mesa, dijo a sus amigos:

—Os voy a presentar a mi mujer... a mi estupenda mujercita.

Con tal intención fué al encuentro de su esposa, pero ésta se negó a complacerle:

—Me es imposible ver esta noche a tus amigos...

Y añadió:

—Mañana, cuando tengas un momento, deseo cambiar unas palabras contigo, Guillermo.

—¿Por qué me hablas y me miras así, Gloria? ¿Qué sucede?

—Mañana hablaremos. Ve ahora con tus amigos. Diviértete... Bebe hasta que no puedas más...

—¡Pero, Gloria, cómo estás hoy!

—Déjame, Guillermo; ya hablaremos serenamente.

Pero Guillermo no se apartaba de Gloria, y sus amigos, *saciados* ya, determinaron marcharse sin él hacia los lugares de diversión que frecuentaban.

—Quiero que me digas ahora mismo lo que reservas para mañana.

—Pues bien; sube conmigo a la biblioteca y lo sabrás todo.

Unos minutos después, Gloria llevaba a la práctica el plan de Enriqueta.

—¡Guillermo! ¡No puedo soportar más tiempo esta vida! He decidido... separarme... ¡Pedir el divorcio!

Guillermo se asombró.

—Nena... mi pobre nena... ¿ya no me quieres?

—No, Guillermo. ¡Tú mismo mataste mi cari-

ño a fuerza de desilusiones! Se cuando menos generoso, y no te opongas a que yo viva sola.

—Gloria, no me arrojes de tu lado. Ponme otra vez a prueba. No me condenes sin darme una oportunidad más.

—No, Guillermo, es inútil. ¡Cuántas veces me has dicho lo mismo!... Y siempre, al cabo de esas pruebas, ¡la eterna decepción! ..

—Entonces...

—No hay más que hablar, Guillermo... Estoy completamente resuelta a recobrar mi tranquilidad.

—Está bien, Gloria... Yo no me opondré a que tú hagas lo que creas necesario para vivir independientemente uno de otro. Sin embargo, reflexioná dolo tú mejor... tal vez...

—No, Guillermo... Tendría que verte muy cambiado para volver a amarte. ¡Adiós! ¡Buenas noches!

Guillermo se había emocionado, cierto; pero pronto alivióse su dolor, entregándose—reuniéndose en el cabaret con sus amigos—a sus vicios.

En cuanto a Gloria, la infeliz estuvo llorando casi toda la noche.

Al día siguiente, la esposa abandonada fué a ver a su abogado, Antonio Morton, vi jo y leal amigo de su familia y de la de su marido,

y lo puso en antecedentes del caso, pidiéndole luego consejo.

El letrado le contestó:

—El plan de su amiga me parece bueno, y hemos tenido la suerte de que Guillermo esté dispuesto a separarse amistosamente de usted... Simular un divorcio oficial nos hubiera



—No, Guillermo... Tendría que verte muy cambiado para volver a amarte.

sido muy difícil, y mucho más para mí, que siempre me he negado a intervenir en asuntos de esa clase, razón por la cual, carezco de experiencia en materia de divorcios.

—Si, señor Morton... Yo quiero dar a esta separación un carácter amistoso con objeto de que Guillermo, si realmente siente algo de

amor por mí, se enmiende y una vez corregido venga a proponerme la reconciliación. Si no lo hiciera, demostraría patentemente que le soy del todo indiferente, y en ese caso este asunto podría tomar otro aspecto...

—Comprendido, Gloria. Ahora bien: para dar a esto toda la seriedad que requiere, es necesario que Guillermo le asigne a usted una renta para que pueda vivir. Esa condición se impone, no siendo usted rica.

—Si usted cree indispensable tratar de ese extremo, no me opongo a ello, pero le advierto que sólo aceptaré el dinero de Guillermo hasta que consiga ganarme la vida por mi propio esfuerzo.

—Hablaré con Guillermo esta tarde.

—Estaré pendiente de sus noticias con el ansia que usted puede suponer.

—Adiós, Gloria... El paso que usted está dando, necesita de mucha energía. Téngala usted... Tal vez la idea de su amiga sea la indispensable para devolver a la razón a ese equivocado muchacho.

—Adiós, señor Morton.

Entre Guillermo y Raisa habían obligado a Alvaro a comenzar un retrato de la famosa bailarina, y por esta causa, el pintor frecuentaba por aquellos días la casa de ésta.

Guillermo estaba con la bailarina cuando, uno de esos días, llegó al *nido* de la misma el pintor amigo.

—Bendigo el encuentro, Alvarito—le dijo Guillermo—. Me hallo en un apuro grandísimo. Mi mujer quiere separarse de mí a todo trance. Yo no me atrevo a negarme, porque creo que Gloria tiene razón...

—Si no tuvieras que enfadarte, te diría que no te equivocas reconociéndote el único culpable...

—Sí, ya lo sé. Pero todo conspira contra mí, Alvarito. Ahora, el abogado se empeña en que encuentre un fiador para que garantice el pago de una pensión a mi mujer. He pensado contigo... ¿Podrías hacerme este favor?

—Tendré mucho gusto en servirte de fiador, puesto que ello es necesario. No podré jamás olvidar, que solamente gracias a ti pude terminar mis estudios de pintura en París.

—Gracias, amigo mío. No es más que una formalidad. Ya sabes que me sobra el dinero, pero esos pica-pleitos son insoportables.

..

Y llegó el día de la separación, y en él tuvo Gloria que hacer el mayor esfuerzo de voluntad de toda su vida, para no volverse atrás en el momento crítico.

Guillermo y Alvaro fueron a casa del abogado para firmar, el primero, el acta de separación amistosa, y garantizar, el segundo, el pago de la pensión a Gloria.

Malhumorado, Guillermo dijo a su amigo, censurando al abogado, el cual permanecía impassible ante los *tiros*:

—Este viejo Morton ha debido aleccionar bien a Gloria. Yo siempre creí que le faltaría valor, en el último momento, para dejarme salir de casa; pero sí, sí... ¡menudo chasco me he llevado. Nunca la he visto tan entera y dueña de sí misma. Pero no hay más que hablar, Alvaro. Mira, firmando este documento te comprometes a pagar a mi mujer una pensión de 400 dólares al mes, en caso de que yo, con mis 50.000 dólares de renta al año, no lo haga.

—¿Firmo aquí? Yo pagaré, si tú no pagas... pero haz el favor de no olvidarte de hacerlo...

—¡Espera! Me habéis de prometer los dos, tú, Alvaro, y usted, señor Morton, que mi mujer ignorará toda su vida la existencia de esta fianza. Esta es una exigencia de abogado que no dice mucho a mi favor. Pero, en fin, no he querido discutirla. Aunque rico, tengo mala fama. Prefiero estas dos cosas a ser pobre.

—Ya está, Guillermo.

—Gracias, Alvaro. Tú me das, al menos, una buena prueba de confianza. Con esto has pagado con creces todo lo que en otro tiempo haya podido hacer yo por ti.

—El eternamente agradecido soy yo, Guillermo.

—Señores, gracias—les dijo el abogado—. El pacto ya está hecho.

—No le guardo rencor, señor Morton... Usted ha obrado concienzudamente por cuenta de Gloria. Mañana, Alvaro, saldré para Europa... Yo creo que será mejor para ella que me ausente por unos cuantos meses.

—Es muy posible.

—Voy a ir a verla ahora, por última vez... ¡Pobre Gloria!

Mientras Guillermo salía de casa del abogado en dirección a la suya, Gloria estaba a solas con sus pensamientos; asombrada de su propio valor y temiendo que éste llegase a faltarle para llevar adelante su plan, si volviera a encontrarse con su marido.

La aparición del mismo no pudo menos de sorprenderla, mas reacciono en el acto, aparentando naturalidad.

—He venido únicamente a despedirme de ti y a comunicarte que he arreglado ya con el abogado la cuestión de la pensión...

—¿De qué?...

—Quiero decir... la indemnización por mi mal comportamiento, Gloria.

—Guillermo... siento mucho verme en la necesidad de aceptar de ti ese dinero. Pero así que pueda ganarme la vida, podrás ahorrártelo.

—Yo haré lo que tú quieras... Reconozco que te has portado muy bien no exigiendo el divorcio, sino una separación libre. Tú siempre has sido muy buena, Gloria... Yo, con mi carácter...

—Sí; ahora estarás mejor... y vivirás más ancho...

—Es lástima que hayamos llegado a este



—Es lástima que hayamos llegado a este extremo: ¡Qué se le va a hacer!

extremo. ¡Qué se le va a hacer! Sólo deseo que no me olvides del todo.

—Es un egoísmo muy natural. La misma pretensión tengo yo.

—Adiós, Gloria. Salgo de viaje.

—¡Ah! ¿Sí?... ¿Por qué no te quedas un momento a tomar el te, Guillermo? Somos amigos.

—Como quieras.

—Hacia mucho tiempo que no lo habíamos tomado juntos.

—Gloria... el negro te sienta maravillosamente bien. E-stás... ¡divinal!

—¡Guillermo, por Dios! Deja que me ría... ¿Te vas a poner a hacerme a mí el amor?

—Tienes razón... pero es que las viudas, ejercen cierta fascinación sobre mí... ¡Y como recién... viuda, estás, Gloria, terriblemente seductora!

Gloria escuchaba embelesada a Guillermo, y una fuerza poderosa la hizo abandonarse en sus brazos.

Fué un instante de olvido del pacto, mas fué breve.

Ella se rehizo.

El lloraba.

Ella fué la más fuerte.

—¡Me parece que no es esta la conducta que deben observar dos recién... separados!

—¡Qué raro es esto!—dijo él.

El timbre del teléfono interrumpió la entrevista.

—Diga, diga... Sí... Guillermo soy yo. ¿Quién es? ¡Ah! ¿Mi agente administrativo? D game.

—Ha habido un terrible pánico en la Bolsa. Ya te dije que me parecía muy arriesgado com-

prometer toda tu fortuna en una sola operación, Guillermo... Ten valor. Este «krack» te ha dejado sin un centavo...

—¿Arruinado? Voy inmediatamente a hablar con usted. Dentro de diez minutos estaré ahí.

Loco de espanto ante la noticia de su ruina, Guillermo salió disparado de su casa, sin des-



.. vió Gloria, horrorizada, transportar a su casa al desdichado, ya sin vida.

pedirse siquiera de Gloria, y en su desconcierto general no vió, al cruzar la calle, el peligro que le acechaba, atropellándole un camión automóvil.

Impresionada aun por la funesta comunicación de la pérdida de la fortuna sufrida por su esposo, vió Gloria, horrorizada, transportar a su casa al desdichado, ya sin vida.

Algunos días después, Alvaro se entrevistaba con el abogado Morton.

—¿Es verdad que Guillermo no dejó más que deudas, y que su mujer se encuentra absolutamente sin ningún recurso?—preguntó Alvaro.

—Así es, en efecto. Pero las condiciones de la fianza están bien claras: según la ley usted no tiene ninguna obligación con respecto a la esposa de Guillermo.

—No habrá quizá ninguna ley que me obligue a pagar esa pensión a la mujer de Guillermo. Pero todo lo que soy se lo debo a Guillermo, y creo que hay una ley moral que me obliga a mantener mi firma.

—¿No le parece que debía usted ver a la viuda de Guillermo, tan pronto como se reponga de los efectos de esta tragedia? ¿Ella no le conoce a usted, verdad?

—Ni yo a ella tampoco; pero recuerde usted los deseos de Guillermo y nuestra promesa. Prefiero permanecer anónimo.

Y Gloria, pasado algún tiempo, se fué a vivir con su amiga Enriqueta Lee en la casa de campo de ésta y, queriendo borrar de su memoria el recuerdo de su triste pasado, se decidió a usar su nombre de soltera.

Y lentamente, bajo el estímulo vivificante del ambiente de calma y sosiego del campo, renació Gloria a la vida.

El doctor Ogilvy, un cirujano eminente, un pozo de ciencia y de timidez, enamorado desde hacía quince años de su colega, la doctora Enriqueta Lee, pasaba una temporada en su casa de campo, y buscaba una ocasión propicia para declarar su amor al objeto de sus anhelos.

••

Alvaro, campeón esforzado de la gratitud, luchaba con denuedo para cumplir lo que él consideraba un deber de conciencia.

Y cada mes visitaba al señor Morton para entregarle los 400 dólares para la señora Wester (Gloria).

El abogado le dijo la última vez que le viera:

—Me parece que esa obligación que se ha impuesto usted, es demasiado abrumadora para sus espaldas, Alvaro.

—No hay mal que por bien no venga. La necesidad de reunir ese dinero me empuja al trabajo... Ahora voy a esconderme en cualquier ignorado rincón del campo, y trabajar allí como un condenado.

—Buena suerte, pues.

Pasaron los meses en medio del esplendor mágico de la naturaleza, y Gloria, rejuvenecida, aspiraba con nuevos bríos las auras perfumadas del campo.

Alvaro vivía en rústica y modesta morada, cerca de la casita de campo de Enriqueta Lee, donde—pobre esclavo del deber—laboraba día y noche, con la voluntad y el espíritu concentrados en lejanas visiones de gloria.

Un día, regresando a su casita, Alvaro vio a Gloria, bañándose los pies en un riachuelo, y oyó unos gritos:

—¡Auxilio! ¡Socorro!—pedía la gentil bañista.

Alvaro acudió en su auxilio, librándole un pie de un insignificante crustáceo, y conduciéndola a la orilla en sus brazos.

Desde aquel momento, la amistad tejió entre ambos finos y delicados lazos que, con los días, se fueron convirtiendo en dulces cadenas.

—Gloria, hay algo que no puedo comprender. Cómo una personita tan encantadora y hechicera ha podido escaparse a las asechanzas de Cupido...—le murmuró una vez Alvaro.

Y ella, ruborizándose, se alejó de él para reunirse con Enriqueta y el doctor.

El eminente galeno seguía buscando una ocasión para decirle a Enriqueta lo que él guardaba en su corazón desde hacía tantos años, pero su timidez no le dejaba hablar.

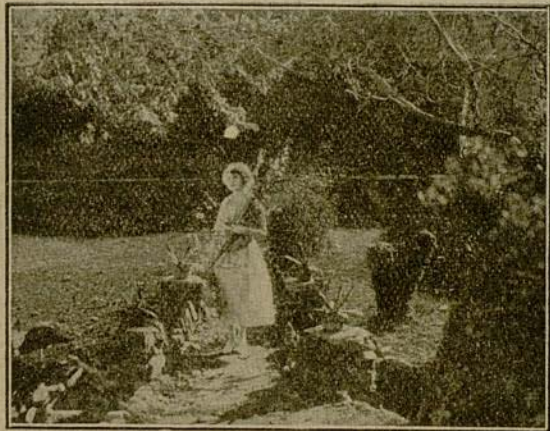
Con toda su ciencia, la doctora no podía

diagnosticar un sencillo caso de «transtorno del corazón».

Y vino en su ayuda un nuevo síntoma: los celos.

¿Celos? ¿De quién?

De Gloria, a la que el doctor apreciaba mucho, y a quien él le dijo, al verla:



...Gloria, rejuvenecida, aspiraba con nuevos bríos las auras perfumadas del campo.

—¿No le parece a usted, Gloria, que cuando uno encuentra el alma gemela, el matrimonio es la más hermosa y perfecta felicidad que puede existir en la vida?

—¡Oh, sí!—exclamó Gloria.

—¡Música celestial!—dijo Enriqueta, pensan-

do que el doctor quería hacerle el amor a su amiga.

Y el nuevo síntoma—los celos—se manifestaba, cada vez, con mayor intensidad.

Un poco más tarde, el doctor, cobrando ánimos, le preguntó a su pretendida colega:

—Enriqueta... ¿recuerda usted lo que Gloria y yo decíamos esta tarde sobre el matrimonio? ¿No está usted de acuerdo conmigo, en que es la más hermosa y perfecta felicidad que existe en la vida?

Interpretando torcidamente las intenciones del doctor, Enriqueta le respondió secamente, encerrándose luego en su cuarto:

—Usted y Gloria son lo bastante locos y sentimentales para formar una buena pareja. ¡Esa es mi opinión, doctor!

Y el galeno se quedó *polonortizado*.

Sorprendida por la desaparición de Alvaro sin haber terminado su retrato, Raisa le siguió la pista hasta dar con su refugio campesino.

—¿Qué viene usted a hacer aquí?

—¡Vaya un recibimiento, Alvaro!... ¡No esperaba yo eso de usted!... Se vé que el campo le ha convertido en un hombre intratable.

—Estoy aquí, aislado, para trabajar... y nada más, señorita.

—Me vuelvo a la ciudad, mi querido Veláz-

quez, ya que a usted no le interesa ya terminar mi retrato.

Gloria había visto a Alvaro con Raisa, y sufrió una cruel decepción...

Alvaro decidió, aquella misma mañana, confiar a otro corazón lo que ya no cabía en el suyo: una pasión que había roto ya todas las barreras, y proclamado en su alma un absoluto señorío.

—Gloria, la quiero a usted con locura... Pero debo tanto a otra mujer, que no me atrevo a pedirla... Si algún día me libro de ese fardo...

—¡Y osa usted, con otra mujer de por medio, declararme su amor!... ¡Es usted un infame, Alvaro, y le odio, le odio con todas las fuerzas de mi alma!

—¡Pero, Gloria... por Dios!

Fué inútil que suplicase. Ella se marchó con paso firme a la casa de campo de Enriqueta.

Pero tenía el corazón desgarrado.

Podía darse las manos con el doctor, que, tristemente, esperaba a su adorado tormento.

—Desde ayer, Enriqueta se ha encerrado en su habitación, y se niega a salir de ella y a dírime la palabra—se lamentó aquél a Gloria.

—Comprendo... ¡Cuando se quiere de verdad y las cosas caminan mal, se siente uno tan miserable y desdichado, que la muerte es poca cosa!—exclamó Gloria buscando a su vez consuelo en el doctor.

En este momento, Enriqueta entreabrió la puerta de su habitación, pero la cerró de nuevo, asombrada, al ver, muy cerca el uno del otro, al doctor y a Gloria, que se consolaban....

Alvaro decidió consultar al abogado acerca del pago de la pensión.

—¿Sabe usted?... Estoy enamorado, y dicen que en estos tiempos cuesta mucho dinero el casarse.

—¿Y aun persiste usted en la idea de seguir pagando una pensión a la viuda de su amigo?

—Nunca pude prever que llegaría esto a convertirse en una carga abrumadora... Cuando contraje el compromiso, no estaba enamorado.

—Naturalmente...

—Pero... ¿acaso no es mi deber, pese a todos los razonamientos, proteger a la viuda de mi bienhechor?

—Le propongo, Alvaro, que se entreviste con la señora Wester, y vea el modo de llegar a un arreglo.

—¿Qué dirá esa señora?

—Podemos presentarle el caso y ver lo que ella dice. Yo estoy seguro de que estará dispuesta a admitir una reducción en la pensión.

—¿Usted cree?...

—Podemos probar. Voy a concertar una cita con ella para que se vean ustedes la semana próxima en mi casa de campo... Ella vive en las cercanías.

La entrevista en la casa de campo del abogado Morton.

Gloria, citada un poco antes, llegó, por esta razón, la primera.

—Ha llegado la hora de que conozca usted la verdad acerca de la pensión que usted ha venido percibiendo, y que usted supone que le había dejado su marido...

Una vez enterada de todo, Gloria, atónita, dijo:

—¿De modo que Guillermo murió sin dejar un centavo, y he estado viviendo, hasta hoy, de la caridad de un extraño?

—Ese caballero cumplió noblemente su palabra. Le he citado aquí mismo, y ahora llega. Debe usted hablar con él.

—¿Yo? ¡Qué vergüenza!

Alvaro apareció, y al fijarse en Gloria, apresuradamente se acercó a ella para saludarla.

—¡Oh, señorita!

—¿Cómo, Gloria? ¡No sabía yo que usted conociera ya a su bienhechor!

Pasmóse ella; y añadió el abogado:

—El señor Alvaro Harley es quien ha estado pagando la pensión. En honor a la memoria de su esposo, habíamos decidido guardar este secreto.

—¡Es ella, Morton, es ella! ¡La mujer de la cual estoy enamorado!—exclamó Alvaro. Y prosiguió—: ¡Oh, Gloria! ¿No cree usted que

esto es un maravilloso azar, una magnífica coincidencia?

—¡Yo creo, por el contrario, que es un caso lamentable! ¡Horrible!

—Aquella responsabilidad de que le habla, Gloria, y que pesaba sobre mi vida, no era más que usted... ¡Usted misma, Gloria!



—¿De modo que Guillermo murió sin dejar un centavo? ...

—¿Qué pensará usted de mí, ahora?... ¡Admitiendo dinero en esa forma de un desconocido!

—¡Gloria, yo no soy un desconocido para usted! Y mi mayor deseo es que siga usted admitiéndolo toda la vida... como esposa mía!

—¡Esto es terrible!

—¿No quiere usted realizar, Gloria, esa loca ambición de mi vida?

—Ha estado usted trabajando como un forzado y se ha privado de todo, por mí... Ahora no me queda más que trabajar, aunque sea hasta el fin de mi vida, para devolverle todo el dinero que yo he recibido de usted.

—¿Por qué ese empeño, Gloria? No sea usted mala, y acójase a mi amor sin límite por usted.

—Imposible, Alvaro. ¡Déjeme!

Y, ante la extrañeza del abogado, salió Gloria corriendo de su casa, y subió al auto en que llegara a ella.

Alvaro hizo lo propio, logrando sentarse, en el coche, al lado de Gloria.

Turbada, ésta no maniobró a tiempo junto a un paso a nivel, y el automóvil chocó violentamente con el tren que pasaba en aquel momento, retrocediendo el coche notablemente, destrozado por completo.

Gloria y Alvaro resultaron heridos y fueron transportados al hospital más cercano.

Por una tarjeta encontrada en el bolso de Gloria, en la cual estaba escrito «*Señora de Harley*»—una broma que le hiciera Alvaro—se supuso que ambos eran casados, y fueron asistidos en un mismo dormitorio.

Al recobrar el conocimiento, Gloria protestó ante Alvaro:

—¿Cómo se atreve a permanecer en esta habitación?

—No puedo moverme... tengo roto un tobillo.

Comprendiendo ambos—por las palabras de la enfermera de guardia al médico—que los consideraban como marido y mujer, Alvaro dijo a Gloria:

—Estaba escrito que habíamos de encontrarnos un día... y amarnos. Todos han supuesto aquí, por lo visto, que estamos casados. ¿Por qué no quiere usted darles la razón, casándose conmigo en cuanto podamos?

—¡Hubiera deseado tanto pagar mi deuda!

—¡Páguela, casándose conmigo, Gloria!... ¡No admitiré otra forma de pago!

Avisados del accidente, Enriqueta y el doctor fueron al hospital, y vieron a los futuros esposos en amorosa plática.

Además supieron, por la enfermera, que *eran casados*.

Entonces, Enriqueta dijo al doctor:

—¿No se le ha roto el corazón viendo a Gloria casada con ese joven?

El doctor se dió cuenta del error de su amada, y, al fin, soltó su confesión:

—¡Enriqueta, es usted la única en el mundo que puede despedazarme el corazón!...

—¡Ah! ¿Yo?...

—¡Sí, amor mío!...

—¡Ay, Ogilvy de mi alma!

Los heridos no se quedaban tampoco cortos. Y entre sonrisas y tiernos abrazos, Gloria rumoreaba:

—A fuerza de cariño, ya que no me lo permites de otro modo, procuraré pagarte lo que te debo, Alvaro.

—¡Oh, Gloria mía, estoy cien veces pagado! ¡Tus labios valen un tesoro!

FIN

(Prohibida la reproducción.)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar



PRÓXIMO NÚMERO

La interesantísima novelita:

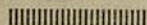
Lo que toda mujer sabe

Creación de la delicada artista

Lois Wilson

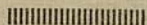
y del gran actor

Conrad Nagel



¡Número dedicado a todas las mujeres!

BELLÍSIMO ASUNTO



Postal-fotografía-regalo:

MONTE BLUE

Precio: 25 céntimos.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles

En toda España.



E. VERDAGUER MORERA.—TARRASA

8. 19-26/8

No deje usted de comprar
el último libro de la
BIBLIOTECA

Los Grandes Films
de
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Cyrano de Bergerac

según la genial obra del poeta
francés Edmond Rostand.

Fina literatura y riqueza en la
presentación.

128 páginas. Profusión de fotografías.

Precio: UNA PESETA.

ÉXITO VERDAD